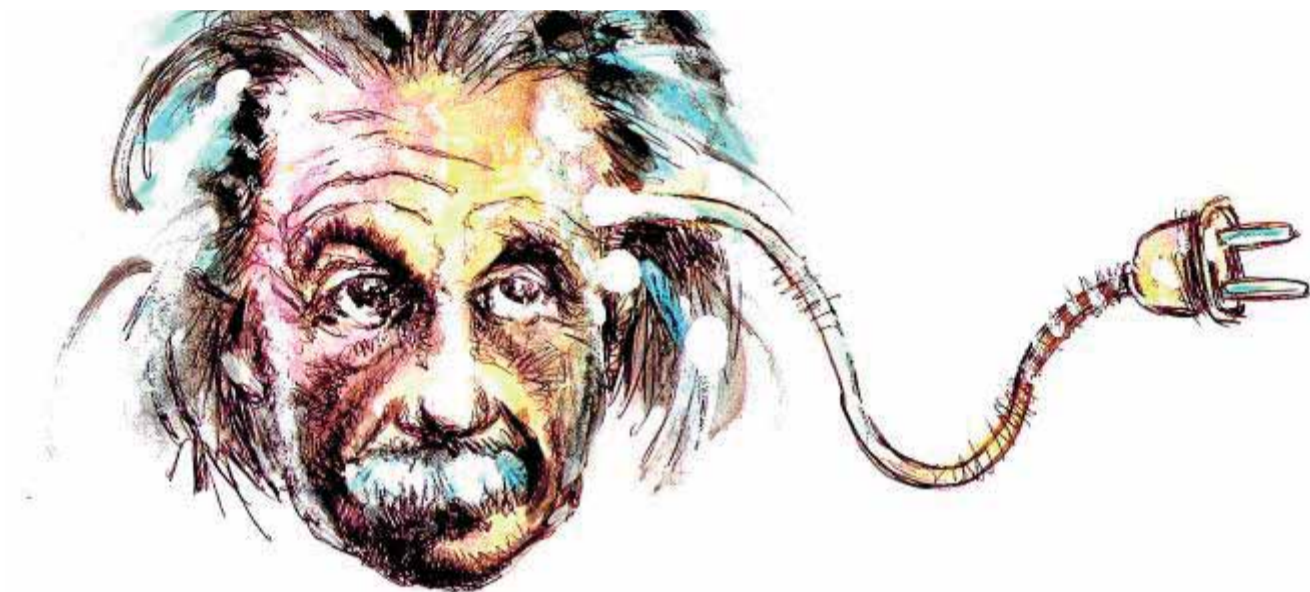


Ciencias y humanidades

ANTONIO VAQUERO
Academia de Ciencias de Granada

Lo que vale para la filosofía vale para todas las humanidades. La cuestión fundamental es, en cualquier materia o disciplina, distinguir entre lo que es ciencia y lo que es opinable



MARTÍN OLMOS

Está de moda decir que las humanidades y las ciencias deben ir de la mano. La ciencia tiene un camino metodológico en el que nunca ha necesitado ir de la mano de nada más que la observación, la razón y la experimentación. Sin embargo cualquier otra disciplina, sea humanidades o no, ha de ir de la mano de la ciencia para no estrellarse. Así ha sido desde siempre. Pongamos un par de ejemplos.

El primero, entrado el siglo XVII, es quizás el más paradigmático. Galileo frente al geocentrismo tolemeico de los teólogos. ¿A quién se le ocurre no mirar por el telescopio para ver lo que ocurre en el universo y pensar que lo que ocurre es lo que uno cree que ocurre? Algo parecido pasa con todas las disciplinas humanistas.

Tomemos del siglo pasado el segundo ejemplo, basado en la filosofía, materia esencial de las humanidades. Es la discusión sobre el tiempo entre el físico Einstein y el filósofo Bergson en 1922 ¿A quién se le ocurre discutir con Einstein sobre el tiempo? Bergson cuestionaba la teoría de la relatividad y Einstein tuvo que llegar a decirle que el tiempo de los filósofos, la idea del tiempo que tenía Bergson, no existía más que en su cabeza. El tiempo, a través de la observación y la experimentación, vino a dar la razón a Einstein. Discurrir acertadamente sobre la naturaleza requiere gran rigor y esfuerzo, rigor intelectual basado en las matemáticas y esfuerzo tenaz de resistencia inquebrantable.

Los filósofos suelen decir que la física es una ciencia blanda (soft) y la filosofía una ciencia dura (hard) porque la física se mide en el laboratorio mientras que la filosofía no. Yo creo lo contrario ¿Hay algo intelectualmente más riguroso que el intento de garantizar la certeza del razonamiento con la constatación experimental de que efectivamente lo previsto es lo que ocurre realmente en la natura-

leza? O no, en cuyo caso, humildemente, el científico sustituye las hipótesis erróneas por otras nuevas y vuelta a empezar. Quedarse solo en el razonamiento es, además de una soberbia paralizante, lo más cómodo. Las elucubraciones, si no son ciencia, no pasan de ser opiniones.

Lo que vale para la filosofía vale para todas las humanidades. La cuestión fundamental es, en cualquier materia o disciplina, distinguir entre lo que es ciencia y lo que es opinable.

Cuando en España se dice Ciencias morales, Ciencias jurídicas o Ciencias políticas se cae en un evidente contrasentido entre el sustantivo y el adjetivo disciplinario; una advertencia lingüística: la acepción 'Perteneiente o relativo a una disciplina' falta para disciplinario en el Diccionario de Lengua Española (DLE), como también falta para el adjetivo disciplinar. Estas españolísimas consideraciones, herencia de nuestro glorioso Siglo de Oro de las Letras excluyentemente apropiada por los autodenominados humanistas, tienen su repercusión en la práctica, como cuando hace cincuenta años el ministro de Información y Turismo Alfredo Sánchez Bella impulsó el nombre de Ciencias de la Información para las facultades de periodismo. Claro, toda materia cultural aspira a que se la considere ciencia, dado el prestigio de la auténtica ciencia. El DLE es un fiel reflejo de esta realidad; en el siglo pasado la acepción que nos concierne de la palabra letras era: Conjunto de Ciencias Humanísticas por oposición a Ciencias Exactas, Físicas o Naturales. Por oposición (sic). Desde entonces estas cosas no han cambiado mucho. Veamos en el DLE, actualizado en el 2020, la definición, semánticamente igual a la de humanidades, de ciencias humanas: ciencias que, como la historia, la filosofía y la filología, se ocupan de aspectos diversos de la actividad y del pensamiento humanos. Entonces, se pueden deducir cosas chocantes, como que la

medicina no es una ciencia humana, por ejemplo. En fin, dejemos este galimatías y vayamos al grano.

Un buen observatorio de las relaciones entre humanidades y ciencias es la informática, disciplina profundamente humanista puesto que intenta sustituir a las personas en sus tareas mentales por una máquina (electronic brain en la prensa americana de mediados del siglo pasado). Tomemos la psicología como ejemplo de humanidades, ya que trata de la conducta humana, y también animal (DLE actualizado).

Cualquier hipótesis que se formule sobre un proceso cognitivo ha de traducirse en un modelo informático que simule el comportamiento humano en el fenómeno analizado. La hipótesis será cierta si los resultados de la simulación coinciden con los de la conducta humana preparada, observada y experimentada sobre el mismo fenómeno; la experimentación ha de ser el árbitro definitivo. Mientras ese árbitro no esté presente no hay ciencia. Las neurociencias también tratan de comprender la conducta humana como un producto cerebral. La relación entre las neurociencias y la psicología viene propiciada por la potencialidad de la informática, no solo como herramienta sino sobre todo como método para el tratamiento de la complejidad de los problemas por niveles de abstracción.

Consideraciones parecidas se pueden hacer en otras disciplinas clásicamente humanistas, como la sociología o la lingüística. De hecho, en este nuevo siglo lo que se trata de ver cuando se estudia un fenómeno, sea humanista o no, son las múltiples disciplinas que se necesitan amalgamar para su comprensión. Si a eso se le llama ir de la mano las humanidades y las ciencias, bienvenidas sean; pero, eso sí, sobre la base del método científico y con el auxilio de la informática. El conocimiento no tiene fronteras; se las ponemos nosotros por su complejidad.